

DISCURSO IBBY ASAHI. Casa Cuna Cuenteros.

Antes de iniciar nuestro discurso, queremos agradecer en nombre del voluntariado de Casa Cuna Cuenteros en primer lugar a IBBY por habernos galardonado con el Premio IBBY ASAHI de Promoción de la Lectura 2020 así como también a ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina) por haber postulado nuestro proyecto. A nuestro querido Hospital Elizalde, Ex Casa Cuna por alojarnos y dar vida a esta hermosa aventura. Pero en especial a los cuenteros y cuenteras que estuvieron antes y a los que forman hoy el colectivo de narradores estables por sembrar semillas de palabras, que ya son árboles de sombra amorosa, guardianes de las historias.

#### POR QUÉ LA LITERATURA EN EL HOSPITAL

Qué nos importa al fin y al cabo  
que todo se convierta en ceniza,  
en cuántos precipicios canté  
y en cuántos espejos viví.  
Que no sea yo sueño ni consuelo  
y mucho menos paraíso.  
Pero puede ser que con frecuencia  
tengas que recordar  
el rumor de las líneas sosegadas  
y el ojo que oculta en el fondo  
aquella corona de flores, punzante y oxidada  
en su tranquilo silencio.

ANNA AJMÁTOVA. Primera advertencia.

A principios de la pandemia, circuló una especie de máxima que rezaba : “el mundo tenía que parar”. Y en una obediencia implacable, paralizamos la vida externa casi en su totalidad. Fuimos testigos virtuales de los patos en los canales de Venecia, por las ventanas el aire se limpió de smog y hasta algunos dicen haber visto pasar un unicornio por la vereda de su casa. Algo de todo eso era cierto: nos estábamos devorando el aire, el agua y la piel. Sin otra salida inmediata, paramos, por un tiempo. Y en esa brecha de días que se volvieron meses, la brújula para el ansia y la espera fueron los libros que narraban pestes antiguas pero tan desoladoras como la que estábamos atravesando. Se armaron empatías, identificaciones con el encierro, la muerte y el miedo en la realidad de un siglo que conectaba con la historia del mundo, ese que cada tanto nos empeñamos en destruir. Sucede que cuando la fragilidad se instala en los huesos, los libros funcionan como la llave de la

memoria colectiva: el Decamerón de Boccaccio, La Peste de Albert Camus, El amor en los tiempos de cólera de Gabriel García Márquez, La máscara de la muerte roja, de Poe, La montaña mágica de Thomas Mann, Ensayo sobre la ceguera, de Saramago, ordenaron el caos pandémico del lenguaje. Y a medida que la humanidad iba refrescando su memoria, se activó el ejercicio de una nueva escritura de la peste: diarios, anécdotas, escritos sobre la cuarentena y la subjetividad del encierro: la escritura se volvió un subterfugio para conciliar este nuevo mundo de barbijos, alcohol y distanciamientos sociales. Como los personajes del Decamerón que se encierran a contarse historias mientras afuera la muerte sacude a capa y espada, hubo otra vez la necesidad de llenarnos de historias y de imágenes hasta saturar las pantallas, pero que funcionó a modo de ventana y de conexión con el otro.

Nuestro mundo es una paradoja ilustrada por este mismo instante: estamos reunidos en un congreso que se celebra en Moscú al que podemos asistir virtualmente desde Argentina y transmitido por streaming, mientras que en muchísimos lugares otras personas tienen apenas la luz de una vela para alumbrarse. Mientras tratamos de salir indemnes de la pandemia del COVID 19, muchas otras personas siguen muriendo a causa de enfermedades hoy controlables como la tuberculosis y el VIH/SIDA. El mundo se parece bastante a la ciudad de Omelas de la fábula de Ursula K Le Guin: siempre hay alguien que padece para que otros puedan tener bienestar. Un desequilibrio que no parece corregirse nunca en favor del desamparado.

Esta paradoja que para algunos sucede bien lejos, es nuestra realidad cotidiana. Como la mayoría de los países de Latinoamérica, tenemos una riqueza inmensa en capital humano y cultural que se ven constantemente amenazados por las variables capitalistas de ajustes y recortes, las crisis socio-económicas y políticas. Sin ir más lejos, el hospital público, institución que originalmente fue creada para curar, se encuentra ahora frente a demandas complejas que exceden lo meramente asistencial: la fragilización de las redes comunitarias, la precarización laboral, las violencias y la restricción de los espacios públicos impactan en las poblaciones vulnerables, empujándolas a situaciones de marginalidad y exclusión, escenario que se vio agravado en extremo por la pandemia del COVID19.

Nos encontramos atravesados por la realidad de un país que amamos y que nos duele en las desigualdades: aunque Argentina es uno de los pocos países de América Latina que todavía ofrece a sus habitantes la posibilidad de atender su salud sin ningún coste económico, lejos estamos de poder abarcar la demanda de tratamientos, internaciones e intervenciones que se han agudizado durante este tiempo de pandemia. Así, el acceso a los servicios públicos de un niño que vive en la

provincia de Jujuy, al norte de Argentina y a miles de kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, es insuficiente por no decir inexistente. Como en el poema de Anna Ajmátova, cantamos en los precipicios, en los silencios y también en los espejos. Pero frente a un espejo roto también puede existir promesa de arte.

Los libros, las historias que tenemos entre las manos son una de las tantas formas de habitar los espacios más insospechados. En un escenario muchas veces adverso, sólo nos queda ser creativos, armar con lo que hay, con lo que tenemos a mano. Ponernos el saco al hombro y salir a recorrer los pasillos y las habitaciones, como juglares que van armando el mundo al son de sus canciones.

Nosotros, los cuenteros, elegimos el hospital, público y gratuito, donando nuestro tiempo, como una apuesta a que compartir literatura permite armar un nuevo modo de encuentro.

A veces el arte es un puente hacia otra escena no necesariamente luminosa. Porque también las palabras nos permiten nombrar la tristeza, la melancolía o la terrible verdad de sabernos solos. A veces las palabras son un hallazgo poético, si es que uno se abre a escuchar y provienen no de los pedestales de la literatura sino de la voz más sencilla y casi inaudible en una sala de internación.

Cierta vez, una madre internada con su hijo en terapia intensiva contó lo siguiente: “Yo nunca fui a la escuela, pero sí mis hermanos. Vivíamos en el campo, en una casa de adobe sin luz ni agua. Entonces ellos hacían sus tareas mientras había sol y cuando el sol se ponía, seguían haciendo sus tareas a la luz de las estrellas”.

En un hospital el tiempo sucede a la velocidad de la luz o sobre una tortuga. No hay términos medios. El pasaje de palabras se desliza por sobre nosotros y a pesar de nosotros. Las palabras que salen de los libros, tan necesarias como el agua, como el aire, como una caricia, van armando surcos sobre los que se posa una brizna poética, un gajo de cuento, una raíz que aspira a ser tallo, hoja, planta en la dureza del suelo hospitalario.

Cuando la palabra se silencia por las urgencias del cuerpo y del tiempo, cuando excluye, cuando genera sentencia, es que hay que restituirla como lazo y como derecho. Porque cuando las palabras se salen de las páginas del libro que alguien lee, el espacio se vuelve inclusivo. Y es que a través de la narración, se produce una operación subjetivante que anuda: la palabra que introduce sentido, la voz que se escucha, la escucha que cohesiona. Hacer, escribir, decir, mirar, van en sintonía con alojar, empatizar, cobijar.

El lenguaje es un don que se ofrece y se recibe y tiene, como dice Ivonne Bordelois, la capacidad de reinventarse y de ser un bien gratuito, por eso resiste a las prácticas y discursos capitalistas. Las palabras son el interludio que habilita poder volver a mirarnos, a escucharnos, a reírnos y a veces, a quedarnos en silencio.

A veces la literatura simplemente viene a dejar una huella, a romper las barreras de la quietud, a perturbar los clics de las máquinas, los goteos interminables de los sueros, a meter un dragón por la ventana, a soplar pétalos de viento sobre un cuerpo inmóvil, a traer de vuelta a la risa. Una niña de tres años jamás abandonó el enojo que le producía a su cuerpo una leucemia feroz. Pero desde su armadura, aceptó escuchar durante meses los cuentos que se le ofrecían. Murió enojada porque en su corta vida jamás podría conocer el mar, de eso habló y de que ella no era una princesa, porque las princesas tenían pelo. Ella era una nena, ahí, sentada en su cama, con las orejas atentas al próximo cuento, sosteniendo la escucha y el enojo y también, la risa.

En una época en donde el imperativo es el de la felicidad y el consumo frenético de objetos y experiencias, en el que la pandemia que parece interminable nos vino a dar una cachetada al ego y puso en evidencia las desigualdades de acceso a los servicios y comodidades, aún tenemos las historias, aún tenemos la poesía, aún tenemos la palabra que más cerca, más lejos nos conforta.

Contar cuentos en el hospital tiene que ser un derecho y una práctica de salud desde una perspectiva comunitaria. Prescribir libros como si fueran pastillas es subsidiario de una lógica que concibe al arte como parte de una maquinaria de cura ortopédica. La máquina de curar. ¿Por qué no pensar que contar y escuchar cuentos, susurrar poesías, decir una adivinanza, armar una ronda en el patio permite reinstaurar las palabras que se pierden, el lenguaje que se olvida, las imágenes que quedan detenidas? ¿Por qué no pensar en la literatura en el hospital como la escritura de nuevas historias? Hacer literatura en el hospital es forjar otra historia, una que vamos enhebrando desde la ignorancia más absoluta: no se sabe lo que va a pasar allí porque cada encuentro es único e irrepetible. Se va contando y escribiendo lo que allí acontece en la vorágine, sin poder anticipar nada hasta el final, se cuenta desafiando a un sistema que intenta disciplinar los gritos, el cuerpo y hasta la muerte.

Por qué la literatura en el hospital. Porque es un discurso capaz de generar otro tiempo y espacio que borra las diferencias etarias, culturales y sociales en pos de la ficción que se comparte. La literatura nos iguala en nuestra condición humana que necesita de las historias, de lo que la vida narra en el día a día. ¿Por qué excluir algo tan necesario? ¿Por qué privarnos de volar en las alas de

una mariposa o de esconder un perro pequeñísimo en nuestro bolsillo? ¿Por qué privar a otros de esta experiencia? El trayecto lector no se corresponde con la edad biológica sino con la cultural, con el contacto con libros y cuentos más allá de las experiencias escolares si las hay. Llevar la literatura al hospital es un intento de brindar este acceso a niños y adultos por igual: sean usuarios, familia, personal de salud, de maestranza, administrativos o de seguridad. Todos, todas tenemos derecho al placer de una historia y porque una comunidad se reúne a través de la palabra y se rearma a partir de sus historias.

Terminamos entonces con un poema de Iris Rivera, escritora argentina contemporánea.

Hoy fuimos al vivero  
trajimos plantas  
en una de esas  
aprendemos  
el modo que tienen de esperar  
el modo

de buscar luz  
esa forma de aguante  
la sequía  
la inundación  
la hormiga  
los piojillos  
el granizo  
atajar lo que venga  
sin saber otra cosa  
que esperar  
y acaso  
acaso  
brotar de nuevo